

en estos años, y de las que se sirvieron para actuar y ejercer su poder en múltiples ámbitos. En definitiva, considero que estas podrían ser las principales líneas que permitirían una mayor profundización en este trabajo de investigación, aunque quedan muchas otras cuestiones abiertas por investigar, ampliar o mejorar de cara a otras investigaciones.

Diego GONZÁLEZ NIETO
diegonza@ucm.es

La Acción Católica de Pío XI en España. La influencia de la experiencia italiana (1933-1936)*

¿POR QUÉ ESTUDIAR LA ACCIÓN CATÓLICA DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA?

Los motivos que me llevaron a afrontar este estudio son variados. Una primera razón tiene que ver con lo que algunos autores han denominado la «guerra cultural» que, en el primer tercio de siglo XX, enfrentó a la Iglesia con el mundo liberal por la influencia en el Estado como medio para influir en la sociedad. En ese combate la Iglesia desplegó un ejército, la Acción Católica, con el fin de lograr la formación de un grupo de minorías católicas que estuviera en condiciones de restaurar el reinado de Cristo en la sociedad.

El segundo motivo, más personal y de menor relieve, está directamente relacionado con el trabajo que estoy desarrollando desde hace años en el Istituto Storico San Josemaría Escrivá en Roma. Cualquier historiador que se acerque al mundo del laicado del siglo XX se encontrará enseguida con la Acción Católica, pero cuando Josemaría Escrivá funda el Opus Dei en 1928 y todavía no sabe bien cómo tendrá que estructurarlo y darle vida no se fija en esa institución, sino que se pone en contacto con otras realidades apostólicas en Italia, Polonia y otros lugares. Esta opción del fundador del Opus Dei sorprende cuando la

* Tesis doctoral dirigida por el Prof. Pablo Pérez López, defendida en el Departamento de Historia, Historia del Arte, y Geografía de la Universidad de Navarra el 1 de junio de 2020. El tribunal estuvo formado por los Profs. Santiago de Pablo (presidente), de la Universidad del País Vasco, José-Leonardo Ruiz Sánchez, de la Universidad de Sevilla, Marco Paolino, de la Universidad de la Toscana (Italia) y Álvaro Ferrary y Rafael Escobedo (secretario), de la Universidad de Navarra. Calificación: Sobresaliente *cum laude*.

idea de fondo era la santificación de los laicos en la vida ordinaria, y justamente en esos años la Acción Católica en España estaba tomando fuerza, gracias a la promulgación de unos nuevos estatutos (1926) y al impulso posterior que el cardenal Segura había promovido con la organización del Primer congreso general de la Acción Católica en 1929. El hecho de que Escrivá no se hubiera inspirado o fijado en ella da que pensar, sobre todo cuando sabemos que en un primer momento el fundador del Opus Dei no quería fundar nada nuevo, sino que su deseo era sumarse a alguna institución que ya existiera. ¿Por qué no se fijó en la Acción Católica? Esta pregunta está relacionada con otra: ¿cuál fue su fuente de inspiración? ¿La vida consagrada, los movimientos laicales o simplemente la doctrina sobre la santidad de Pío XI? Para poder responder a esa pregunta (que no haremos ahora ni hemos hecho en esta tesis), se hacía necesario entender mejor qué era la Acción Católica en esos años; y de ahí el interés por conocer la teoría, la práctica y la historia de la Acción Católica durante el periodo republicano. Se trata de un primer paso para poder realizar en el futuro una historia comparada entre dos instituciones católicas que han convivido durante el siglo XX y aún conviven.

Así llegamos a un tercer motivo por el que estudiar el proyecto de Acción Católica durante la Segunda República. Es tan sencillo como responder a la pregunta fundamental: ¿de qué estamos hablando cuando nos referimos a la Acción Católica?, ¿qué es o era la Acción Católica en los años treinta? Se ha hablado y se ha escrito mucho sobre la Acción Católica durante el siglo XX, pero, la mayoría de las veces, no se tiene en cuenta que el concepto y la realidad de la Acción Católica ha evolucionado y sufrido cambios importantes durante su desarrollo en el tiempo y el espacio y, por supuesto, en su aplicación en las distintas naciones. De ahí que me pareciera interesante conocer cuál fue el proyecto y sobre qué principios intentaron construir el modelo de Acción Católica en España durante los años treinta.

El cuarto motivo es consecuencia directa del anterior. ¿Hasta qué punto la Acción Católica española es dependiente de la italiana? No hay duda de que el punto de inspiración fue la experiencia italiana, que se había puesto en marcha desde los años veinte en Milán (y de ahí se extendió por toda Italia) sobre todo gracias al impulso de Armida Barelli. La peculiar situación política italiana y de la mujer favorecieron que la Juventud femenina de la Acción Católica italiana, órgano que dirigía Barelli, tuviera un carácter más espiritual y religioso. Las mujeres no tenían derecho a voto y además el fascismo no permitía los partidos políticos. Esos límites se transformaron en una posibilidad explotada hasta el final por la joven presidenta, que logró unos resultados espectaculares. Esa

experiencia, que el papa Ratti conoció de primera mano mientras fue obispo de Milán, fue la que le convenció para intentar exportar ese modelo al resto de países. Principalmente a las naciones de antigua tradición católica en las que, a causa de las transformaciones políticas y sociales, la Iglesia había perdido capacidad de influir.

Ese modelo estaba fundado en la prioridad de los aspectos religiosos, formativos y apostólicos, dejando al margen cuestiones políticas y profesionales. Estas prioridades constituyeron una novedad importante y eran fruto de la estrecha relación que la Acción Católica debía tener con la estructura jerárquica de la Iglesia. Si la misión de la Iglesia es la evangelización, los laicos de la Acción Católica debían buscar como fin primordial ese objetivo apostólico. El fin condicionará los medios y la estructura de la Acción Católica durante los años treinta. Tanta es la novedad de esas características que se ha llegado a la conclusión de que la Acción Católica de Pío XI era distinta de las anteriores y, en España, ha sido calificada justamente como la «nueva» Acción Católica.

Otro motivo era tomar un ejemplo concreto del desafío que plantea el estudio de las relaciones entre la Iglesia y la política. ¿Hasta qué punto fue y es posible separar el aspecto religioso del político? A primera vista parece difícil e incluso imposible. De hecho, en el caso que nos ocupa, parte de la historiografía ha considerado que la Acción Católica constituyó el brazo político de la Iglesia. Me parecía importante profundizar en las relaciones entre Iglesia y Estado, entre eclesiásticos y políticos, entre ciudadanos cristianos y ciudadanos «laicos», usando el término en su sentido italiano. Me parece que valía la pena indagar si era posible que la Iglesia hubiera aceptado no intervenir de ninguna manera en política; es decir, que se aplicara una verdadera separación entre Iglesia y política, como si fueran dos aspectos independientes. O, si por el contrario, la Iglesia aceptó más bien una distinción entre los dos planos, sin excluir, es más exigiendo, el derecho de la participación de los cristianos en política. La defensa, que la Iglesia consideró justa, de la actuación política de los católicos creó, como se comprueba en la tesis, perplejidades y problemas de difícil solución.

Por último, tras el análisis de la historia de la Acción Católica durante este periodo republicano, parece interesante preguntarse si se puede seguir entendiendo la historia de España como una lucha entre las dos Españas, o si cabe la posibilidad de aceptar que hubiera más Españas, incluso más de tres como algunos autores están poniendo ya de manifiesto (Feliciano Montero, Alfonso Botti y otros). El estudio de la actitud política de los miembros de la Acción Católica española durante los años republicanos me parece que podría dar luz

para comprender mejor la composición de la sociedad española durante esos años, y superar un esquema que –aunque útil– simplifica demasiado una realidad bastante más compleja, como era la sociedad española en los años treinta.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Los estudios existentes sobre la Acción Católica española durante la Segunda República se reducen básicamente a las importantes aportaciones de Feliciano Montero, como autor o promotor de investigaciones y monografías. Además de sus contribuciones hay que recordar la existencia de algunos estudios sectoriales: de alguna de sus ramas (la Juventud Católica, por Chiaki Watanabe o de la Acción Católica de la Mujer, por Inmaculada Blasco y de la Juventud Femenina por Isabel Guirado), además de trabajos locales (la Acción Católica en Sevilla –de José-Leonardo Ruiz Sánchez–, en Mallorca o en Galicia). Pero falta una obra de carácter más general (ya que el libro coordinado por Montero sobre la Acción Católica en la Segunda República es solo un acercamiento). En realidad, Montero tenía previsto escribir la historia de la Acción Católica durante la Segunda República, pero no tuvo tiempo para realizarlo. De hecho, esta tesis no pretende ser el estudio definitivo sobre la Acción Católica española durante la Segunda República, sino que simplemente quiere responder a las preguntas con las que hemos iniciado esta exposición. Soy consciente de que falta todavía un estudio general fundamentado en investigaciones locales, porque no hay que olvidar que el proyecto de la Acción Católica española es diocesano y parroquial. Confío, de todos modos, en que este estudio sirva para enmarcar esas presentes y futuras investigaciones locales que, sin ninguna duda, son necesarias para conocer el verdadero alcance de la Acción Católica española en este periodo.

Cuando comencé a pensar en la posibilidad de estudiar la Acción Católica española durante los años treinta y la influencia que sobre ella ejerció la *Azione Cattolica* italiana preparé un proyecto y lo envié a tres profesores: José Andrés-Gallego, Antón Pazos y Feliciano Montero. Todos me respondieron a vuelta de correo. Andrés-Gallego me previno sobre el peligro de comparar las dos experiencias, porque era previsible que la realidad italiana deslumbrara el joven proyecto español. Tenía gran parte de razón, pues no valía tanto la pena comparar como descubrir qué aspectos que funcionaron en Italia fueron aprovechados en España. Por su parte, Pazos consideró que el proyecto era demasiado amplio y sugería concentrarse en un aspecto concreto para profundizarlo aún más: por

ejemplo, la opción por la formación de minorías dirigentes. Esta idea también es interesante y, sin duda, es un trabajo que en la tesis apenas está incoado, pero algo se dice y se nota su importancia. Sin embargo, preferí mantener el esquema porque –en el fondo– lo que me interesaba era tener una visión de conjunto. Por último, Feliciano Montero me previno del peligro de reducir el estudio a una cuestión teórica y me animó a relatar también la historia. Esto es lo que he intentado hacer, como diré a continuación.

MÉTODO Y OBJETIVOS

La gran dificultad que se preveía al iniciar el estudio fue si la teoría tendría una aplicación práctica directa; es decir, si lo que recogía el papel (estatutos y manuales) se llevó efectivamente a la práctica. Es conocida la expresión que dice «el papel lo soporta todo», porque tantas veces no es suficiente que esté escrito para que se realice, incluso muchas veces se escribe porque en realidad no se cumple.

Por ese motivo cada capítulo de la tesis doctoral tiene una doble estructura: la teoría y la práctica. Desde el inicio consideramos que era necesario estudiar bien los principios para comprender lo que se propusieron y, al mismo tiempo, conocer lo que efectivamente se realizó. De esta manera se podían evitar dos posibles defectos. De una parte, realizar un estudio excesivamente teórico y, de otra, reducirlo a una simple narración de hechos e iniciativas sin el fundamento que las sostuvo.

La parte teórica se ha fundado en fuentes primarias: los manuales (Luigi Civardi y Paul Dabin, fundamentalmente) que sobre la Acción Católica existían y se tradujeron al español durante esos años. Vicente Enrique Tarancón recuerda en sus memorias que durante el primer curso en la Casa del Consiliario dedicaron muchas tardes a traducir al español el manual de Civardi. Además, los escritos de Pío XI y del futuro cardenal Giuseppe Pizzardo ofrecen también muchas luces para comprender las características principales del modelo de Acción Católica. Como no podía ser menos, los estatutos de la Acción Católica española y las obras completas de Ángel Herrera Oria, publicadas por la BAC, han constituido también una base documental importante.

La parte histórica se ha servido de la documentación oficial producida por los organismos dirigentes de la Acción Católica y conservada en el Archivo de la Acción Católica que desde hace pocos años está accesible en la Pontificia Universidad de Salamanca y, principalmente, en los informes que periódicamente envió el nuncio Tedeschini a la Secretaría de Estado para ilustrar sobre las distintas

iniciativas que se estaban llevando a cabo. Estos últimos documentos son muy importantes, porque como se ve en la tesis doctoral, existía una profunda división entre los católicos españoles ante la actitud que había que tomar ante la política liberal de la Segunda República. El nuncio, que era un ferviente defensor de la táctica posibilista encarnada en la Acción Católica, se preocupó de informar abundantemente sobre cada uno de los proyectos que se estaban organizando. Por su parte, los partidarios de una solución distinta, como los cardenales Pedro Segura e Isidro Gomá, no dejaron de enviar a su vez sus valoraciones que, en la mayoría de las ocasiones, contrastaban abiertamente con la visión del nuncio. El estudio de la Acción Católica nos ha ayudado también a conocer las profundas diferencias existentes en el catolicismo español.

Con todo esto, nuestro objetivo era sencillo: mostrar qué fue la Acción Católica, qué fines se propuso y cómo intentó ponerlos en práctica. El estudio y la narración de la historia nos ha permitido conocer algunas de las dificultades que encontraron para desarrollar los proyectos aprobados. Ha sido interesante constatar que el estudio de esas dificultades nos ha ofrecido más luz sobre aspectos generales del catolicismo y de la sociedad española.

ESTRUCTURA Y DESARROLLO

La tesis está estructurada en siete capítulos. En el primero se presenta una visión general de la idea que Pío XI tenía de la Acción Católica y de cómo –a través de Giuseppe Pizzardo– se propuso difundir ese modelo por el mundo católico. A continuación, en el segundo capítulo, se estudia la teoría: los estatutos, la organización y el desarrollo de la Acción Católica en España, con algunas referencias a Italia. Los siguientes capítulos, que se centran más en España que en Italia, hacen referencia a las dimensiones fundamentales del proyecto de Acción Católica: la dependencia de la jerarquía (capítulo 3), la dimensión espiritual y religiosa (capítulo 4), la dimensión educativa y formativa (capítulo 5), la dimensión social (capítulo 6) y, finalmente, la dimensión política (capítulo 7).

El primer capítulo nos ha permitido presentar la Acción Católica como el instrumento necesario para lograr la restauración del reinado de Cristo en la sociedad y comprobar que, para el caso español, la experiencia italiana jugó un papel determinante a la hora de configurar sus dimensiones generales y sus proyectos concretos.

El segundo capítulo, al estudiar y comparar los estatutos y las estructuras de la ACI y de la ACE, nos ha permitido descubrir las características más impor-

tantes del modelo proyectado por Pío XI para la Acción Católica. Analizando sus diferencias se observa la versatilidad de ese modelo que era capaz de mantener lo fundamental y, al mismo tiempo, adaptarse a las peculiaridades nacionales. Este capítulo también ha resultado útil para conocer con mayor profundidad el talante, más de propuesta que defensivo, de la respuesta de los católicos al proceso de secularización.

La unión y la dependencia con la jerarquía se estudia en el tercer capítulo. Se trata de un aspecto crucial de la Acción Católica y que todos asumen, pero su puesta en práctica creó tensiones e incomprensiones. No todos entendieron de la misma manera su aplicación práctica y las decisiones que se tomaron fueron controvertidas y ocasión de división y enfrentamientos. Paradójicamente, la aplicación de un principio dirigido a lograr la unidad entre los católicos provocó luchas internas e incomprensiones.

En el cuarto capítulo nos hemos propuesto analizar la dimensión espiritual y religiosa de las actividades de la Acción Católica. Sin duda era un aspecto vital de la nueva asociación y se manifestó con claridad en el proyecto de la Casa del Consiliario y en el fomento de numerosas prácticas piadosas, sobre todo de los ejercicios espirituales. Al mismo tiempo, los dirigentes de la Acción Católica participaban de la preocupación de que esa formación no se limitara a la dimensión interior, sino que tuviera un reflejo exterior. Por ese motivo se fomentaron iniciativas que buscaran mejorar el ambiente social. Una de ellas fue el esfuerzo que se puso en combatir la pornografía y la blasfemia.

En el quinto capítulo se presentan los planes educativos y de formación que promovieron los socios de la Acción Católica española. Estas iniciativas fueron la respuesta a lo que se consideró una agresión de los liberales al proyecto cultural de los católicos. Estas medidas, entre las cuales destaca el proyecto de una universidad católica, no fueron defensivas sino proactivas. Sin duda se procuró ejercer el derecho de inspección y de control de contenidos en las escuelas, pero sobre todo la Acción Católica española procuró poner los cimientos de una futura universidad católica con el objetivo de formar con profundidad a un buen número de católicos. Los medios utilizados para ese fin fueron la creación del Centro de Estudios Universitarios (CEU), el desarrollo de Círculos de Estudios y la organización de los Cursos de Verano en Santander.

El estudio de las relaciones entre la cuestión social y la Acción Católica española realizado en el capítulo seis nos ofrece una situación complicada para los católicos. Era patente la escasa incidencia de los postulados cristianos en el mundo obrero y, al mismo tiempo, la Iglesia estaba comenzando a madurar el principio de la autonomía de los católicos en las cuestiones temporales (tanto

políticas como sociales). La aplicación de ese principio no fue ni sencilla ni automática, pero durante estos años se propusieron algunas iniciativas que, al menos en teoría, respetaban esa autonomía. El camino elegido fue el de formar minorías dirigentes, algo con lo que no estaban de acuerdo todos los implicados en el problema. Al final, como sucedió a todo el proyecto, el inicio de la Guerra Civil impidió desarrollar las actividades y, por tanto, evaluar su eficacia. Sin duda los miembros de la Acción Católica fueron conscientes del problema y buscaron algunas soluciones a través del Instituto Social Obrero (ISO) y, sobre todo, del Secretariado Social.

En el séptimo y último capítulo hemos estudiado las relaciones entre la Acción Católica y la política durante la Segunda República. Sin duda, su análisis ha ayudado a comprender con mayor hondura las profundas divisiones internas en el catolicismo español. Esas fisuras se personalizaron en Ángel Herrera Oria, que tuvo sus apoyos incondicionales y sus críticos incansables. Al final, Herrera decidió dar un paso al lado y retirarse, convencido de la importancia de mantener el principio de apoliticidad de la Acción Católica.

CONCLUSIONES

El estudio de la Acción Católica española durante los años de la Segunda República en España nos permite concluir que efectivamente, como Feliciano Montero ya había señalado, se trató de una nueva Acción Católica, no del todo original pero sí con características propias.

Al mismo tiempo, fue una manifestación de la vitalidad de los católicos en el siglo XX. Existe un debate sobre la pasividad o no de los católicos ya sean españoles o de otras latitudes. Lo visto en estas páginas viene a confirmar la tesis que Francisco Javier Ramón Solans ha expuesto en un artículo titulado: «El catolicismo tiene masas». La ACE se ha mostrado como un ejemplo concreto de una corriente renovadora del catolicismo español, caracterizada por su vitalidad. Quizás, a fin de cuentas, los católicos no estuvieron tan pasivos o, al menos, algunos habían comenzado a reaccionar.

Sin embargo, esa actividad de los católicos españoles tuvo un enemigo, no tanto externo como interno: su profunda división sobre la respuesta que había que dar a los nuevos problemas planteados. Solo así se explica que una vitalidad tan exuberante, con tantas ideas y proyectos concretos, no tuviera éxito. Es interesante constatar que la existencia de un «enemigo común» no fue suficiente para lograr esa unidad.

Como hemos visto la Acción Católica española fue un proyecto formativo que tenía como objetivo la preparación de un consistente grupo de católicos que en un futuro cercano estuvieran en condiciones de influir con la aplicación de los principios cristianos en la sociedad. Ese era el camino previsto para lograr el objetivo del papa Pío XI: la restauración del reinado de Cristo en la sociedad.

Siendo ese el objetivo, los dirigentes de la Acción Católica no quisieron ligarse a ningún sistema político, aunque sus miembros siempre fueron libres de optar por uno u otro, porque en el fondo lo importante era alcanzar el fin, influir en la sociedad, y para ello se optó por el realismo político: aprovechar los medios que el nuevo Estado ofrecía a todos los ciudadanos y, por tanto, también a los católicos para lograr esa restauración desde dentro. Como hemos visto, esta opción no fue compartida por la totalidad y fue una de las causas de la profunda división entre los católicos españoles.

Hay una pregunta latente que no se llega a responder del todo en este estudio: ¿la Acción Católica durante la Segunda República fue un éxito o un fracaso? Ciertamente la respuesta no puede ser unívoca, y depende mucho de lo que se considere un éxito o un fracaso. De una parte, puede pensarse que la Acción Católica fracasó completamente porque Herrera tuvo que dimitir, Tedeschini regresó a Roma y Vidal i Barraquer perdió su prevalencia en la Iglesia española en favor de Gomá. Además, por si fuera poco, el comienzo de la Guerra Civil impidió su continuidad. Pero, por otra parte, durante apenas tres años la Acción Católica española promovió una gran cantidad de proyectos importantes que sin duda estaban llamados a asentar las bases de una construcción apostólica a la que se auguraba un gran desarrollo. Es patente que no faltaban ideas y que se abrieron caminos que podían haber sido transitados. En cualquier caso, era un proyecto ambicioso y de gran calado que tenía poco de reaccionario y mucho de propuesta. Fue un buen ejemplo de la táctica posibilista, aunque siempre quedará la duda de la validez de esos planteamientos.

Ya en el campo de la historia de la Iglesia, la experiencia de la Acción Católica permite descubrir una etapa importante en la definición del papel del laico en la Iglesia. Todavía faltaba mucha reflexión teológica y eclesiológica sobre la laicidad, que culminará más tarde con el Concilio Vaticano II, pero sin duda la puesta en marcha de la Acción Católica sirvió de humus para el desarrollo de la reflexión teológica posterior.

Fernando CROVETTO
fcrovetto@isje.it